



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

SEGUNDO PERÍODO ORDINARIO DE LA XLIX LEGISLATURA

7.^a SESIÓN

PRESIDE

BEATRIZ ARGIMÓN
Presidenta

ACTÚAN EN SECRETARÍA GUSTAVO SÁNCHEZ PIÑEIRO, FERNANDO RIPOLL Y JOSÉ PEDRO MONTERO

SUMARIO

	Páginas		Páginas
1) Texto de la citación.....	50	3) Homenaje a la figura del señor contador Enrique Iglesias.....	50
		– Manifestaciones de varios señores legisladores.	
2) Asistencia.....	50	4) Levantamiento de la sesión.....	61

1) TEXTO DE LA CITACIÓN

«Montevideo, 6 de agosto de 2021

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria el próximo miércoles 11 de agosto, a las 14:30, a fin de rendir homenaje a la figura del señor contador Enrique Iglesias por su permanente apoyo a la promoción del desarrollo económico, social y cultural de nuestro país.

Fernando Ripoll
Secretario

Gustavo Sánchez Piñeiro
Secretario».

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores **Oscar Andrade, Carmen Asiaín, Mario Bergara, Graciela Bianchi, Eduardo Bonomi, Sergio Botana, Carlos Camy, Germán Coutinho, Sebastián Da Silva, Amanda Della Ventura, Guillermo Domenech, Jorge Gandini, Liliam Kechichian, Sandra Lazo, Raúl Lozano, José Mahía, Guido Manini Ríos, Silvia Nane, Amin Niffouri, Daniel Olesker, Federico Ricagni, Gloria Rodríguez, Alejandro Sánchez, Carmen Sanguinetti, Juan Sartori y Tabaré Viera**; y los señores representantes **Ubaldo Aita, Rodrigo Albernaz, Jorge Alvear, Oscar Amigo, Fernanda Araújo, Rodrigo Blás, Wilman Caballero, Daniel Caggiani, Cecilia Cairo, Sebastián Cal, Nazmi Camargo, Elsa Capillera, Felipe Carballo, Walter Cervini, Gonzalo Civila, Mario Enrique Colman, Milton Corbo, Álvaro Dastugue, Nicolás de Módena, Bettiana Díaz, Diego Echeverría, Omar Estévez, Zulimar Ferreira, Joanna Fort, Alfredo Fratti, Lilián Galán, Luis Gallo, Daniel Gerhard, Gabriel Gianoli, Rodrigo Goñi, Claudia Hugo, Miguel Irrazábal, Pedro Jisdonian, Ornella Lampariello, Nelson Larzábal, Alfonso Lereté, Álvaro Raúl Lima, Eduardo Lust, Cristina Lustemberg, Daniel Martínez, Verónica Mato, Martín Melazzi, Constante Mendiando, Rafael Menéndez, Nicolás Mesa, Juan Moreno, Gonzalo Mujica, Gerardo Núñez, Ana María Olivera, Gustavo Olmos, Gabriel Otero, Ope Pasquet, Daniel Peña, Susana Pereyra, Silvana Pérez, Álvaro Perrone, Iván Posada, Nibia Reisch, Juan Martín Rodríguez, Carlos Rodríguez, Álvaro Rodríguez, Conrado Rodríguez, María Eugenia Roselló, Sebastián Sabini, Felipe Schipani, Juan Silveira, Martín Sodano, Carlos Gabino, Martín Tierno, Carmen Tort, Mariano Tucci, Sebastián Valdomir, Carlos Varela Nestier, Nicolás Viera, Álvaro Viviano y Gustavo Zubía.**

FALTAN: con licencia, los señores senadores **Danilo Astori y Gustavo Penadés**, y los señores representantes **Gabriela Barreiro, Eduardo Elinger, Javier Radiccioni y Dardo Sánchez**; con aviso, los señores senadores **Charles Carrera, Pablo Lanz, Enrique Rubio y Lucía Topolansky**, y los señores representantes **Sebastián**

Andújar, Eduardo Antonini, Rubén Bacigalupe, Cecilia Bottino, Armando Castaingdebat, Alfredo de Mattos, Lucía Etcheverry, María Fajardo, Alexandra Inzaurrealde, Eduardo Lorenzo, Nicolás Lorenzo, Enzo Malán, Sergio Mier, Orquídea Minetti, Nancy Núñez, Marne Osorio, Federico Ruiz, Gabriel Tinaglini y Javier Umpiérrez, y sin aviso, los señores representantes **Valentina Dos Santos, Virginia Fros, César Vega y Pablo Viana.**

3) HOMENAJE A LA FIGURA DEL SEÑOR CONTADOR ENRIQUE IGLESIAS

SEÑORA PRESIDENTA.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Son las 14:43).

—La Asamblea General ha sido convocada a fin de rendir homenaje a la figura del señor contador Enrique Iglesias por su permanente apoyo a la promoción del desarrollo económico, social y cultural de nuestro país.

Queremos agradecer al contador Enrique Iglesias su presencia hoy en esta sesión de homenaje, y vamos a pedir un gran aplauso para él.

(Aplausos en la sala y en las barras).

—Dando inicio al homenaje, tiene la palabra el señor legislador Botana.

SEÑOR BOTANA.- Muchas gracias, señora presidenta.

Un homenaje al contador Enrique Iglesias es un homenaje al mejor Uruguay. Es un homenaje al país de puertas abiertas, al país que recibió al inmigrante y lo acogió como hijo igual que a sus hijos. Es un homenaje al país de las oportunidades, al del progreso social obtenido a través de la educación pública. Es un homenaje al mérito al trabajo y al ansia de progreso. Es un homenaje al valor de las instituciones, al Uruguay internacional. Es un homenaje al pequeño país que juega de igual a igual con las grandes naciones del mundo. También es un homenaje a la sensibilidad por los que nunca son moda, por los viejos de este país. Iglesias es ese Uruguay.

Nació en un pueblito de Asturias, Arancedo, con sus doscientos treinta y tres habitantes; vino de gurí en barco con sus padres, con sacrificio en el viaje y con sacrificio en la vida; vino a ser un uruguayo; vino a ser un oriental, como él también lo siente. Y fue el mejor uruguayo, el mejor oriental, el mejor americano y el mejor iberoamericano.

El viejo almacén de su padre le enseñó de limitaciones y le enseñó de sacrificios: del sacrificio propio y del de sus

padres. Le enseñó el valor del mérito en una sociedad que apreciaba el mérito.

¡Brillante estudiante! En la facultad, mientras estudiaba, integró los equipos de investigaciones, e investigó mientras era gerente de un banco privado: el viejo UBUR. Me enteré por Garcé, que está por ahí, de que es el creador de los grupos de viaje de facultad; no lo sabía.

Cuando tenía apenas veintiocho años el país lo puso a cargo de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, la CIDE, el antecedente de la OPP. Fue lo que la OPP debió ser siempre, y jamás volvió a ser. Estuvo inspirada en un acto de acercamiento de los Estados Unidos de Kennedy hacia América Latina, la Alianza para el Progreso. Estados Unidos se dio cuenta de que nadie es absoluto y de que toda su potencia no le bastaba para convencer. Habló de ayudar y pidió planificación, y al Uruguay del Gobierno blanco de 1958 le gustó el desafío; se imaginarán que no por adulonería con los gringos porque, en definitiva, los blancos nunca la tuvimos. Fue contra nosotros que vinieron los marines en 1904, señora presidenta, y nosotros nunca le pedimos a ningún presidente americano ayuda para ir contra hermanos de América.

Nos gustó el hecho de diagnosticar el país, conocer sus datos y entenderlo juntos, pensar con mirada a largo plazo.

Con la CIDE, el Uruguay tuvo sus primeras cuentas nacionales, su primera matriz de insumo-producto; identificó cadenas productivas, fallas de mercado, rigideces de las políticas cambiarias, es decir, cuestiones estructurales que impedían el desarrollo. Discutió soluciones y las tradujo en proyectos de desarrollo productivo y de fortalecimiento institucional: a los productivos los inmortalizó el ministro de Ganadería y Agricultura del segundo Gobierno blanco, Wilson Ferreira Aldunate; a los educativos, don Juan Pivel Devoto. La mirada de la CIDE no fue la de los gringos, fue la de Iglesias, la del estructuralismo latinoamericano que se hacía camino como expresión propia. Esa fue la que adoptó Enrique Iglesias. No era por plata, era por nosotros.

Las reformas se habían iniciado por la reforma monetaria y cambiaria de Azzini y el doctor Mallo. Era bueno conocer el país, sus estructuras, y proyectar a largo plazo. Y mejor aún era hacerlo juntos. Algunos la calificaron peyorativamente: entendían que el desarrollismo era simple reformismo, que era la manera que tenían las clases dominantes de dejar todo como estaba, de conservar el *statu quo*. Y a las pruebas me remito: por un lado, la Revolución devino en dictadura para el pueblo cubano y, por otro, no existe partido de izquierda en América que se anime a incluir en sus programas de gobierno las propuestas calificadas de reformistas. ¿Era reformista limitar la propiedad de la tierra? ¿Era reformista la nacionalización de la banca? Simplemente pregunto.

Iglesias nunca confundió amabilidad con obsecuencia. Tampoco se dejó llevar por la estridencia. Fue firme y convencido. Esa CIDE fue cuidadosa en ser del Uruguay y no del Gobierno. Tuvo a la Universidad y a las instituciones más conservadoras. Tuvo técnicos de todos los partidos y de todas las tendencias. Los respetó como técnicos y los hizo respetar y respetarse. Respetaron al Gobierno y a la CIDE porque Iglesias instauró un clima de respeto político y de cariño por el Uruguay. La lista de los técnicos es preciosa: Daniel Hugo Martins, Juan Pivel Devoto, contador José María Puppo –que siempre va a estar donde esté su amigo Enrique–, Germán Rama, Ana María Teja, Juan Pablo Terra, Alberto Tisnés, Raúl Trajtenberg, José Claudio Williman, Israel Wonssewer, Ricardo Zerbino. Estoy nombrando solo a algunos: Danilo Astori, Celia Barbato, Alberto Bensión, contador Mario Bucheli, Francisco Buxedas, Agustín Canessa, Alberto Couriel, Ariel Davrieux, Luis Faroppa. Es gente que ha dominado el pensamiento del Uruguay hasta hoy, que influye hasta el día de hoy, de un lado y del otro, de distintas tendencias. Propuso cosas formidables: las leyes de aguas, de semillas, de forestación, de praderas.

Más adelante vino la reforma naranja y nació el Banco Central: la búsqueda de la estabilidad en tiempos de inflación y la defensa de la moneda. El debilitamiento de la moneda en el Uruguay era un fenómeno nuevo para los uruguayos del peso fuerte, de las cuentas equilibradas, de la estabilidad institucional y social, del Uruguay generoso en el empleo, que producía y que exportaba, que hacía oír su voz potente en el concierto internacional porque tenía cuentas a favor en su Estado y en el exterior. No andaba mendigando recursos a nadie. Ese era el país que se desplomaba. Se necesitaba conocimiento y liderazgo, se necesitaba energía y respeto; el país fue a buscar a Enrique Iglesias, quien impulsó la creación de un banco que es respetado hasta hoy, al que ninguna turbulencia maculó. ¡Y vaya si ha vivido tempestades!

Luego vino el tiempo de la confirmación internacional de Enrique Iglesias, cuando se hizo cargo de la Cepal. Eran tiempos de convulsiones sociales enormes, de surgimiento de movimientos; tiempo de teorías: en Latinoamérica, la estructuralista, con Raúl Prébisch, o la de la dependencia, con Cardoso y Faletto. La Cepal nació, creció, vivió, se difundió y se hizo carne en el programa político. Iglesias la alimentó, pero no la dejó ser de confrontación. La concibió como una nueva construcción. De ese tiempo, a muchos nos queda aquella anécdota del encuentro del después presidente Sanguinetti con Wilson Ferreira Aldunate en Santa Cruz de la Sierra. No hubo entendimiento, pero se comprendieron. Eso alumbró y facilitó el camino de la salida. Para los que éramos más rebeldes fue duro, pero era la cara de la verdad. Unos más idealistas, otros más prácticos; el diálogo siempre es positivo.

En 1981 fue secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Fuentes de Energía Nuevas y Re-

novables. Aquí vemos su vocación ambiental de desarrollo inteligente, sostenible y sustentable.

Cuando Uruguay volvió a la vida institucional republicana convocó al contador Enrique Iglesias. El país necesitaba vincularse con el mundo y el mejor de los puentes era Iglesias; inigualable. Era de otro partido, pero Sanguinetti lo convocó igual. Lo pidió. No lo precisaba el presidente, no lo precisaba el Gobierno; lo necesitaba la patria. Iglesias estuvo. Recorrió los foros internacionales, tendió las manos a todos. Mantuvo las mejores relaciones con todos los países del mundo, con los que tenían democracias fuertes y con los que no las tenían; con todos, por respeto a los pueblos.

Fue el tiempo en que nació aquello de la política de Estado en materia exterior, de lo cual estábamos orgullosos todos los orientales: el Uruguay actuando como Uruguay y en función no del partido o Gobierno circunstancial, sino del interés permanente, que es interés de los pueblos y no de los Gobiernos, sosteniendo el derecho. Los pequeños tenemos que sostener mucho más el derecho. Es nuestro único amparo. En ese sentido, Uruguay volvió a ser Uruguay.

Presidió la reunión de ministros que dio origen a la Ronda Uruguay del GATT. Después fue presidente del BID, el más recordado de todos. Lo capitalizó dos veces, en los dos períodos; le dio la capacidad de ser palanca del desarrollo y lo metió en los grandes temas: infraestructura, saneamiento, escurrimiento pluvial, erradicación de asentamientos, mejora ambiental, creación y utilización de hidrovías, y energías renovables. Y lo cambió –esto es lindo decirlo– con los mismos funcionarios con los que subía todos los días en el mismo ascensor y con quienes comía en el mismo comedor.

Después fue el tiempo en que Kofi Annan, en su carácter de secretario general de las Naciones Unidas, lo nombró miembro de la Comisión de Alto Nivel para evaluar las amenazas a la paz y a la seguridad mundiales.

Un poco más adelante en el tiempo, creó el Grupo Internacional de Contacto sobre Venezuela para ir a ayudar a ese país, a esa Venezuela que él cree es el más americano de todos los pueblos del continente, tal vez por su situación geográfica, allí, en la unión de las Américas. Él entiende que no merece estar en la situación en que hoy se encuentra y que hay que ayudar a su pueblo.

(Suena el timbre indicador de tiempo).

–Fue titular de la Secretaría General Iberoamericana, porque hay que institucionalizar las relaciones entre los presidentes. No basta con acuerdos, no basta con encuentros; hay que hacer las cosas en beneficio de los pueblos.

Su último tiempo lo encontró trabajando por los veteranos en la Fundación Astur, para hacerles sentir que

siguen siendo útiles, que pueden volver a aportar. Los viveros, los grupos de canto, de teatro, las plazas de integración social y de actividad física, esa interacción en la cual los jóvenes enseñan informática a los más veteranos y los veteranos enseñan valores a los jóvenes. Es un fenómeno de integración social que pudimos ver en nuestro Melo, en los barrios Prieto y Leone, y en Tupambaé, al que Iglesias concurre cada vez que tiene un rato libre, donde él quiere a la gente y la gente lo quiere a él.

Enrique Iglesias es el inteligente observador y analista de los movimientos sociales mundiales. Es el creador de la institucionalidad internacional para asegurar la paz y el trabajo en el mundo, para abrir economías y para abrir corazones. Es símbolo de convivencia entre hombres y con la naturaleza. Nos ha enseñado a decir las grandes verdades sin perder la elegancia, a no confundir sensibilidad popular con chabacanería. Nos ha enseñado que la inteligencia es el arma más formidable. Nos ha enseñado a estar orgullosos de pertenecer al continente más mestizo. Nos ha enseñado el valor de la constancia, el valor del conocimiento, el valor de la institucionalidad fuerte, el valor de la amistad, el valor de la memoria.

En el nombre del Uruguay, gracias. En el nombre de América, de esta América Latina, gracias, contador Enrique Iglesias.

(Aplausos en la sala y en las barras).

SEÑORA PRESIDENTA.- Queremos destacar la presencia de los expresidentes, doctor Julio María Sanguinetti y doctor Luis Alberto Lacalle Herrera; del señor ministro de Educación y Cultura, Pablo da Silveira; del Directorio en pleno del Banco Central del Uruguay; del director de la Oficina Nacional del Servicio Civil; del director de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto; del representante del BID en nuestro país; y también de referentes de una multiplicidad de organizaciones, de las más diversas, que fueron quienes propusieron a esta Asamblea General la posibilidad de llevar adelante este evento.

Obviamente, este acto se desarrolla respetando las medidas de protocolo que nos rigen. Por eso hemos tenido que tomar en consideración el aforo que el protocolo vigente dispone para las barras. Como se podrán imaginar, no fue posible hacer ingresar a la cantidad de miembros de las respectivas instituciones, universidades y centros culturales que hubiesen querido asistir en persona. Queríamos dejar constancia de ello en la versión taquigráfica.

Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Pasquet.

SEÑOR PASQUET.- Señora presidenta: la Asamblea General de la República Oriental del Uruguay rinde hoy homenaje de gratitud, de admiración y de afecto al contador Enrique Iglesias, y el Partido Colorado participa con entusiasmo de ese homenaje.

Esta Asamblea General, este ámbito legislativo supremo del Estado uruguayo tiene, como sabemos todos, múltiples competencias. Trata, cuando le corresponde, proyectos de ley, es el ámbito donde se sostienen debates políticos, a veces político-históricos muy intensos, y es también el que discierne los honores públicos a los grandes servicios. Hoy hemos venido a rendir honor público a la figura del contador Iglesias, así que no vamos a discutir trámites legislativos ni vamos a entrar en debates políticos.

Yo quiero decir ante todo que el contador Enrique Iglesias es una gran persona. Es una persona honesta, sencilla, amable, cordial, que ha pasado por la vida, por una ya larga vida, sin que ninguna de esas notas se haya visto desmerecida por ninguno de sus actos. Llega hoy rodeado del afecto, de la admiración de muchísima gente que, como explicaba recién la señora presidenta, no está aquí porque nos rigen las limitaciones propias de los protocolos sanitarios en vigencia. Pero habría muchísima gente que quisiera estar hoy acá junto a Enrique Iglesias, que ha tenido una trayectoria que lo ha llevado por todos los países del mundo. Si alguien hiciera la cuenta, no sé cuántos viajes a la luna habría hecho Enrique Iglesias con tantas horas y años de avión, como ha acumulado a lo largo de su vida.

Ha ocupado altísimos cargos nacionales e internacionales, pero nunca estuvo demasiado lejos ni demasiado alto como para que no pudieran llegar a él quienes solicitaron su ayuda, su consejo, su orientación o su apoyo. Enrique Iglesias ha sido para muchísima gente –para sus amigos y para otros que no lo eran, pero que igual acudieron a él– un buen samaritano y creo que ese título no lo honra menos que muchos otros que ha ganado y que se le han discernido a lo largo de su fecunda vida.

Ha ocupado, como decía, muchísimos cargos y se han señalado ya varios de ellos. Como todos sabemos, empezó su trayectoria muy joven, en el sector privado, como gerente de un banco. Luego fue el titular de la inolvidable CIDE, el primer presidente del Banco Central del Uruguay y canciller de la república en un momento especialísimo de nuestra historia. Después de doce años de dictadura el país tenía que reincorporarse a la escena internacional y recuperar ese sitio de respeto y reconocimiento que históricamente había tenido, pero que –¡claro!– después de doce años de dictadura había perdido, y se necesitaba una figura del talento, de la capacidad y del reconocimiento del que ya gozaba Enrique Iglesias para ubicar al país en esa dimensión que naturalmente le correspondía y necesitaba ocupar. La república lo llamó a su servicio y fue el canciller en el primer Gobierno del doctor Julio María Sanguinetti.

Aquellos años fueron intensísimos y demandaron enormes esfuerzos del Gobierno de la república para posicionar a Uruguay en la escena internacional; fue muchísimo lo que se hizo; muchísimo lo que hizo el canciller

Iglesias; muchísimo lo que hicieron quienes lo sucedieron en tan alto cargo.

Podríamos detenernos a señalar distintos logros de esos momentos tan importantes para el país, pero solamente voy a mencionar dos. En 1986 tuvo lugar aquí el lanzamiento de la Ronda Uruguay del GATT, que culminó, años más tarde, con la formación de la Organización Mundial del Comercio. La figura de Iglesias fue naturalmente fundamental para que ocurrieran las cosas de esa manera y fue también en esos años cuando Uruguay estableció relaciones diplomáticas con la República Popular China, que es hoy nuestro principal socio comercial y, también, una de las potencias que se disputa la hegemonía y los primeros lugares en el mundo, tanto desde el punto de vista económico como tecnológico y militar. Uruguay tiene relaciones con la República Popular China desde 1988 porque aquel Gobierno, con la actuación de Enrique Iglesias en la Cancillería, logró esa concreción de enorme importancia.

Permítame aquí, señora presidenta, un breve recuerdo personal. En 1985 escribía columnas con cierta frecuencia en el diario *El Día* y un día, en octubre de ese año, escribí que a mi juicio Uruguay tenía que establecer relaciones diplomáticas con China. ¡No tenía ni idea del revuelo que se iba a armar! Hubo polémicas y discusiones de todo tipo; el tema dio muchísimo que hablar en aquellos años y un día –ya en el año 1986– aquí, en la Cámara de Representantes, en la media hora previa, un legislador de mi partido hizo una exposición tremendamente vehemente y enfática en contra de las relaciones con la República Popular China y en defensa del mantenimiento de las relaciones con Taiwán. Creo que no había pasado una hora cuando me avisaron que me estaba llamando el canciller Iglesias. En aquella época no había celulares ni WhatsApp; venía la secretaria de bancada a avisar que había una llamada y uno salía a atender. Precisamente, cuando atiendo al canciller, me dice: «Habló Fulano de Tal y dijo tal y cual cosa. Comete una equivocación gravísima y tú tienes que contestarle esto, esto, esto y aquello». Y yo le pude decir: «Ministro, ya le contesté porque habló en la media hora previa, le pedí a un compañero que me dejara el lugar y contesté todo eso». «Bueno, muy bien» –me dice– «no hay que dejar pasar una porque tenemos razón». Yo quedé maravillado porque este hombre, que estaba en medio de un torbellino de actividad, que estaba convocando a los cancilleres del mundo para venir a Punta del Este a lanzar la Ronda Uruguay del GATT de la que iban a resultar consecuencias importantísimas y estaba actuando en distintos ámbitos simultáneamente tenía tiempo para saber lo que ocurría en la media hora previa de una sesión ordinaria de la Cámara de Representantes y para llamar a un diputado del Gobierno para que dijera tal o cual cosa. Me preguntaba, ¿cómo hace Enrique Iglesias para estar en todo, todo el tiempo? Los años siguientes aumentaron mi asombro y mi admiración por ese canciller.

Recuerdo también –quizá es de las cosas que se recuerdan menos, pero que sirven para ilustrar cómo Igle-

sias logró ese reposicionamiento del Uruguay en la escena internacional después de tantos años de ostracismo— que en 1987 visitó Uruguay el entonces canciller de la Unión Soviética, Eduard Shevardnadze. Estuvo un par de días aquí, en la sede de la Embajada rusa que todos conocemos, en Bulevar España, y sorprendió a los uruguayos y al mundo porque cuando se congregó frente a la Embajada rusa un grupo de judíos uruguayos que reclamaban por la suerte de sus paisanos en la Unión Soviética, el canciller Shevardnadze salió, habló con ellos y dijo que era su obligación atenderlos porque tenían algo que decirle. Fue una nota rarísima y destacadísima que anunciaba lo que se venía en la Unión Soviética.

Shevardnadze vino aquí porque el canciller era Enrique Iglesias. Son cosas que se olvidan, pero que nos devuelven la dimensión de lo que fue aquella gestión luminosa de reposicionamiento del Uruguay en la escena internacional.

Por supuesto que Iglesias tuvo otras actividades y otros destinos. Sabemos de sus varios períodos al frente del Banco Interamericano de Desarrollo, luego en la Segib, en fin, toda una intensísima trayectoria internacional que lo colmó de distinciones y de honores, y donde desplegó su proficua actividad. Siempre ha alternado esa actividad internacional con la visita al Uruguay, con la presencia en el Uruguay, con la accesibilidad para los uruguayos que por una u otra razón querían escucharlo, a veces en un almuerzo de ADM o en una conversación mano a mano e Iglesias siempre estaba abierto, siempre estaba disponible y dispuesto a escuchar, a atender y a ilustrar a sus compatriotas con su lúcida visión del mundo, con su comprensión de la circunstancia internacional y con su señalamiento siempre prudente, siempre amable, siempre bien orientado de los rumbos que a su juicio debía tomar el país.

Creo que toda esta trayectoria de Enrique Iglesias encarna lo que es una lección que no podemos perder de vista ni un instante porque no podemos pensar al Uruguay fuera del mundo; no podemos sustraernos de ese entorno internacional que por un lado nos limita y por otro, nos potencia. De afuera nos viene el petróleo y la suba del precio del petróleo; de afuera nos vienen las tasas de interés internacionales y las drogas duras, que tanto daño hacen; de afuera nos vienen los virus que causan las pandemias, pero de afuera también nos viene la posibilidad de vender nuestra producción para que nuestra economía crezca y nuestra gente viva mejor; de afuera nos vienen también la ciencia, la tecnología y las vacunas para curar las pandemias, Internet y todo aquello que necesitamos para que nuestra gente pueda vivir mejor y que nuestros jóvenes no tengan que irse a buscar otras oportunidades en otras tierras.

Lo que tenemos que hacer es pensar al Uruguay en el mundo para encontrar los mejores caminos y aprovechar las oportunidades que nos ofrece, pero también para precavernos de las amenazas que existen. ¡Sería absurdo negarlo! En esa búsqueda que trata de discernir lo que nos

conviene de lo que no nos conviene, que trata de adaptarnos con inteligencia a las circunstancias, debemos siempre preservar nuestra identidad y nuestros valores, la identidad de esta república democrática, respetuosa de los derechos humanos, que se reconoce a sí misma como un Estado de derecho.

A esos rasgos identitarios que definen al Uruguay ha sido siempre fiel Enrique Iglesias. En su trayectoria internacional no se le puede señalar ninguna claudicación, ninguna agachada en la defensa de estos valores. Ha pasado por cargos de relumbrón en el mundo entero, ha sido una persona a la que han recurrido distintos secretarios generales de las Naciones Unidas y la trayectoria de Iglesias desde el punto de vista de lo que son los valores que identifican al Uruguay como república democrática, son absolutamente impecables.

Creo que esa fidelidad a los valores constitutivos de la propia identidad, esa adaptación lúcida al mundo —un mundo al que no podemos negarnos, ya que el encierro no es destino para el Uruguay—, esa trayectoria de lúcida búsqueda de inserción de Uruguay en el mundo es un legado inmarcesible que nos deja Enrique Iglesias, además de un ejemplo de lucidez y de coherencia en la defensa de los grandes valores a los que tenemos que ser fieles siempre.

Por todo esto, por lo que ha hecho en beneficio del país, por esos valores en los que creemos y por haber apoyado a tanta gente que, sin ser uruguayo o siquiera ser amiga de él, se le acercó en distintos momentos de su vida, queremos decir muchísimas gracias a Enrique Iglesias.

(Aplausos en la sala y en las barras).

SEÑORA PRESIDENTA.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Manini Ríos.

SEÑOR MANINIRÍOS.- Señora presidenta: hace unos años, allá por el 2010, estando en la ciudad de Washington, me topé con el edificio del Banco Interamericano de Desarrollo. El edificio anexo, que se encuentra al lado y que tiene varios pisos, lleva el nombre del contador Enrique Iglesias, lo cual me llevó a reflexionar sobre la importancia de ese personaje que conocíamos por haber ocupado distintos cargos en su juventud y, sobre todo, por su pasaje por la Cancillería del Uruguay durante el primer Gobierno luego del retorno a la democracia en 1985.

Sin lugar a duda, el contador Iglesias tiene todas las características que debe tener un gran estadista: una sólida formación intelectual, gran capacidad de diálogo, disposición al liderazgo y una mirada hacia el futuro, antes que nada. Sin lugar a duda, ha sido uno de los mayores y mejores embajadores que ha tenido no solo el Uruguay sino toda Iberoamérica.

En lo personal, quiero destacar la personalidad humilde y profundamente agradecida del contador Iglesias.

Siempre ha contado sobre la llegada de su familia desde Asturias, donde él había nacido, en la extrema pobreza, en una España que estaba en crisis. Aquí encontraron una comunidad abierta, afectuosa y receptiva. El barrio y el colegio fueron los lugares donde él consolidó esas fuertes raíces uruguayas a las que siempre hizo mención. También siempre destacó su disposición a devolver al país lo que el país le dio, con estudio y trabajo.

El contador Iglesias siempre estuvo apegado a la realidad; nunca se dejó llevar por facilismos ideológicos o por corrientes de opinión de moda. Siempre fue un gran estudioso de la realidad, tratando de actualizarse, buscando el diálogo y adelantarse al futuro. En los momentos de crispación siempre apostó por la salida política, por el diálogo entre empresario y sindicato, entre capital y trabajo. En épocas que daba para un optimismo tal vez un poco exacerbado, la palabra de prudencia del contador Iglesias nunca faltó. Y en otras épocas, dio su palabra de estímulo y confianza de que se iba a salir de situaciones difíciles, apostando a evitar el desánimo. Siempre confió y estuvo convencido de que los países de esta región eran capaces de tener un modelo propio, diferente y de no caer en la gobernanza de tecnócratas. Puso énfasis en que siempre debían considerar la planificación para el desarrollo, el estudio de las estadísticas y la dinamización de la economía.

Enrique Iglesias se forma intelectual y profesionalmente en nuestra Universidad de la República y desde ella se proyecta, primero, en el ámbito nacional, para luego, hacerlo en lo internacional integrando el Instituto de Economía de la Universidad de la República.

Como fue dicho, el surgimiento de la Alianza para el Progreso, que promueve el presidente Kennedy, lanza la idea de una política de apoyo al desarrollo económico, que es la base de un plan que pretende preparar proyectos específicos de desarrollo económico y social financiados por el Banco Mundial, el BID o la AID de los Estados Unidos.

Influido por el pensamiento cepalino, por la planificación francesa y por su maestro Luis Faroppa, keynesiano, de filiación colorada y primer director de la OPP en 1967, Iglesias dirige el plan de desarrollo de la CIDE, idea integradora que se pretendía tuviera el apoyo de la comunidad a través de los partidos políticos, pero también de las empresas y de los sindicatos.

Al recuperarse la normalidad institucional, el contador Iglesias –como fue dicho– asume como canciller de la república ayudando al país a reinsertarse en la economía y en la política internacional, en un Gobierno con credenciales legítimas, reiniciando el diálogo con Argentina y Brasil, que también recuperaban su institucionalidad.

En la década de los noventa asume la presidencia del Banco Interamericano de Desarrollo, debiendo afrontar el problema del endeudamiento externo. Se conforma el Consenso de Washington y se generan soluciones como el

llamado Plan Brady, con el fin de reducir la deuda a través del mercado.

Al igual que el célebre abogado y economista chileno Felipe Herrera –primer presidente del BID–, Iglesias contribuyó a la consolidación de un sistema multilateral sin perder de vista su pertenencia a América Latina, a partir de una concepción que articulara desarrollismo y nacionalismo integrador, que forjó en el BID y en la Cepal.

Demostó gran preocupación por contribuir a la solución de los problemas creados por las fallas en la arquitectura global financiera. Las nuevas condiciones de la segunda globalización generaron demandas nuevas para las políticas. Iglesias protagonizó el arduo aprendizaje que tuvo América Latina: asimilar el hecho de que en una economía abierta, las políticas macroeconómicas equivocadas se castigan sin piedad. De esta forma, apoyó a las economías en tiempos difíciles.

También advirtió que las reformas se toparían con el viejo problema de reconciliar la eficiencia económica con la justicia social. Estaba en lo cierto, porque una de las mayores críticas al Consenso de Washington fue la poca atención a los problemas distributivos y de inclusión social. Esto se plasmó en los diversos programas que instituyó el organismo como los de la promoción de la salud y de la educación.

Por último, desde la Secretaría General Iberoamericana y de su Fundación Astur, ha reivindicado el legado hispanoamericano, teniendo en cuenta que este continente puede considerarse pobre en algunos aspectos, pero rico en una cultura que constituye no solo la construcción del espíritu, sino también un importante instrumento para el desarrollo económico y social, desarrollándose así las llamadas industrias culturales. Enrique Iglesias ha reconocido la enorme riqueza cultural en América Latina, que parte de la riqueza de las culturas indígenas y luego se desarrolla con los aportes que vinieron de Europa y de otras partes del mundo.

Iglesias también ha reconocido ser católico, y en calidad de tal ha actuado de acuerdo con la doctrina social de la Iglesia.

Al prologar la obra póstuma de Alberto Methol Ferré, *Los Estados continentales y el Mercosur*, nuestro homenajeado expresa: «En los momentos que estamos viviendo, ya entrada la segunda década del siglo XXI, proliferan movimientos de integración de geometrías diversos y da lugar a la duda de si algunos de ellos son más fuerzas centrífugas que procesos de acercamiento continental, por lo que esta suerte de manual» –refiriéndose al libro de Methol– «es una ayuda preciosa para pensar el presente».

Luego, agrega: «El comercio que se desarrollaba hasta la independencia desde cada punto de América la metrópoli no dispone de rutas formadas para establecerse entre

sí; los ejércitos de liberación, los terratenientes y los criollos deseosos de tierra y poder dieron base a los caudillos que extendieron sus dominios hasta donde las armas los podían llevar; faltó pues estabilidad política e intereses económicos maduros que sustentaran un proyecto desencadenador del potencial que tiene la identidad histórico-cultural de nuestros pueblos. Hoy, los factores económicos crean la facultad de cohesión, de reunificación. Sin grandes espacios económicos y mercados comunes no podremos tener la altura internacional y el grado de desarrollo que deseamos y esto es una realidad política tanto como económica».

También agrega: «La integración clama por un pensamiento político latinoamericano sustantivo, que comience por identificar a los centros reales de poder que puedan articular prioridades y estrategias». Y precisa nuestro homenajeado: «... la respuesta de Methol Ferré no deja lugar a dudas: ese centro articulador es el Mercosur».

La prolongada actuación de Enrique Iglesias puede reflejarse perfectamente en las palabras de José Enrique Rodó al repatriarse los restos de Juan Carlos Gómez, en 1905. Decía: «... bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad...».

Y como también dijo en Chile al festejarse el centenario de la independencia acompañado de Juan Zorrilla de San Martín: «Yo creí siempre que en la América nuestra no era posible hablar de muchas patrias, sino de una patria grande y única [...] Cabe levantar, sobre la patria nacional, [...] que los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntados cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el nombre de Chile, ni con el nombre de México, porque contesten con el nombre de América».

O bien digamos, como mucho antes se expresó el general José de San Martín en carta a su amigo Tomás Guido: «Mi país es América».

La balcanización de Hispanoamérica y la existencia de intereses egoístas generados en nuestro continente, muchas veces estimulados por intereses foráneos, es una realidad que ha percibido perfectamente nuestro homenajeado.

Es así como, en cuanto a la inserción internacional del Uruguay, Iglesias ha declarado que el país enfrentará el desafío de un mundo que puede ser más cerrado que el actual en términos comerciales, y en este marco de posible desencuentro entre China y Estados Unidos ha recomendado que seamos líderes en tratar de sostener el edificio multilateral.

En lo regional, ha defendido al Mercosur, reconociendo los momentos difíciles por los que pasa y la necesidad

de mantener una relación orgánica y dinámica con los países vecinos, negociando sin desfallecer para superar los problemas puntuales en un contexto en el que debemos convivir.

En lo político, el contador Iglesias siempre ha defendido el papel de los partidos políticos, sosteniendo que una democracia sin partidos políticos es muy difícil que funcione.

(Suena el timbre indicador de tiempo).

—En lo que hace a la relación entre el Estado y el mercado, nuestro homenajeado ha sostenido que para que haya un mercado triunfante debe haber un Estado presente. En tal sentido, ha dicho que «En nuestro país el Estado ha sido un gran constructor de esa sociedad y el mercado ha sido un gran movilizador que tiene que avanzar para profundizar en un crecimiento cada vez más dinámico». En ese sentido, Iglesias ha sostenido que el Uruguay precisará tener más mercado, pero también más Estado, ya que en el futuro deberá enfrentar desafíos que reclaman la acción estatal, y será necesario que el país tenga capacidad de diálogo entre el Estado, las empresas y los sectores sociales.

Finalmente, en materia de relaciones internacionales Iglesias ha destacado siempre la tradición respetable del país y la activa participación del Uruguay en la creación de las Naciones Unidas, el Mercosur, el GATT y la OMC.

Por todo lo dicho, creo que el país tiene una gran deuda con el contador Enrique Iglesias, y a todos quienes representamos al pueblo uruguayo solo nos cabe decirle: ¡muchas gracias!

(Aplausos en la sala y en las barras).

SEÑORA PRESIDENTA.- Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Posada.

SEÑOR POSADA.- Muchas gracias, señora presidenta.

En nombre del Partido Independiente queremos adherir a este merecido y justificado reconocimiento que nosotros, integrantes de la Asamblea General, tributamos al contador Enrique Iglesias en nombre de la república.

No es esta la primera vez que en un ámbito legislativo se realiza un homenaje de estas características al contador Enrique Iglesias. Recuerdo que en marzo de 2006, a instancias del señor legislador Jaime Mario Trobo, la Cámara de Representantes le tributó un homenaje al contador Enrique Iglesias.

La actuación pública de Enrique Iglesias constituye un verdadero paradigma de lo que es entender la causa pública como una causa de amor a nuestra sociedad, de amor a

nuestros semejantes y de compromiso con una sociedad, porque los largos años en que se ha desempeñado en los distintos ámbitos que han sido reseñados en las intervenciones que me precedieron dan perfecta cuenta de que ha tenido una larga trayectoria con vocación de servicio público, siempre pensando en el bienestar de toda la ciudadanía.

Enrique Iglesias es un uruguayo por decisión propia; tiene el valor de haber decidido ser uruguayo, cuando por su nacimiento, en Asturias, tenía la opción de ser ciudadano español. Y en esa oportunidad a la que hice referencia, el propio Enrique Iglesias decía: «Me hizo uruguayo el barrio montevideano, poderoso crisol de integración social. Me hicieron uruguayo el almacén de mi padre, la escuela, el liceo público, la Universidad de la República. En el barrio y en la escuela aprendí a ser uruguayo y a hacer de este país mi patria, abrazando casi sin darme cuenta los grandes activos republicanos del país: el amor por la libertad, por la paz, por la vocación solidaria entre la gente y por todas las puertas abiertas a todos».

Creo que esta decisión de ser uruguayo, que claramente significa reafirmar una vocación, es también algo que nos enorgullece a todos nosotros, porque a lo largo de toda su vida, cuando Enrique Iglesias ha reflexionado o ha hablado en distintos foros internacionales, sentimos siempre que allí había una voz uruguaya dispuesta a trazar y generar los caminos para el entendimiento y, sobre todo, para el desarrollo, el verdadero desarrollo social y económico de nuestra América. Ese compromiso del que hablábamos con Uruguay, también lo ha manifestado con toda esta América Latina, desde sus años en la Cepal, durante toda su trayectoria como presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y en el cargo como secretario general de la Conferencia Iberoamericana. Creo que todos debemos sentirnos realmente reconfortados e identificados con una gestión pública como la mencionada.

Sin embargo, en nuestra opinión, este homenaje no estaría completo si no trajéramos a colación algunas de las reflexiones que hacía Enrique Iglesias hace ya varios años, en las VI Jornadas de Economía realizadas por la Facultad de Ciencias Económicas. Allí, el contador Iglesias aportó una serie de claves para el debate que necesariamente nos tenemos que dar los uruguayos y también, por cierto, los latinoamericanos: un debate sin ideologismos, un debate que nos permita analizar las experiencias pasadas para tratar de establecer el verdadero rumbo, como allí se plantea, corrigiendo los errores del pasado, en lo que claramente han sido etapas por las que ha transcurrido la vida de nuestro país. Son errores que es tiempo de revisar, desde las épocas del voluntarismo de los años sesenta a la época actual, pasando por el Consenso de Washington que, indudablemente, fue una vuelta a los conceptos neoliberales.

Lo expresado por el contador Iglesias constituye las bases para plantearnos lo que él llama el paradigma in-

cremental que, en todo caso, sigue siendo el verdadero desafío para nuestro país. En palabras de Enrique Iglesias, el paradigma incremental parte un poco de la evaluación del pasado, y hay tres frentes que diría que vamos a estar demandando para repensar el quehacer.

El primero es la gestión macroeconómica con vocación social. Se han hecho avances en materia de gestión macroeconómica. Creo que de alguna forma esa gestión macroeconómica debe tener algo más que estabilidad. Tiene que ayudar a reducir las vulnerabilidades, tiene que ayudar a identificar en los países los programas anticíclicos. No los tenemos, estamos discutiendo –y hacía referencia a la discusión como presidente del BID en Washington con el Fondo Monetario Internacional– el famoso tema de cómo computar las inversiones en infraestructura porque es una de las formas de hacer anticíclico el proceso de cambio, que es el otro tema importante.

Otro elemento de la economía sobre orientación social es cómo hacer para refocalizar el gasto social. Este es un tema fundamental porque uno de los puntales fundamentales que hay hoy en América Latina respecto del desencanto es que no llegan a la gente los procesos de cambio.

El segundo frente es la relación Estado-mercado, un tema que ha estado presente desde siempre. Cuando uno ve lo que está pasando hoy en el mundo resulta evidente que el mercado es un tema muy importante. Se ha demostrado que es un gran asignador de recursos, creativo de la reiteración de oportunidades, pero debe haber un Estado presente. El Estado tiene que estar presente; no hablamos del Estado de los años sesenta o setenta, es otro, uno con intervenciones inteligentes, que permitan descubrir las asociaciones que corresponde hacer con el sector privado. Pero también debe ser un sistema regulatorio que permita, entre otras cosas, hacer frente a los intereses corporativos, que en las democracias son muy poderosos y muchas veces limitan la acción y la gestión pública.

El tercer frente de esa revisión de paradigma incremental es la inserción internacional. En los próximos meses y años este país –y toda América Latina– deberá tomar decisiones que, de alguna manera, marcarán la historia de nuestros países por décadas y ahí está la inserción internacional. En este punto Iglesias decía que siempre creyó y sigue creyendo que la integración regional es un elemento fundamental dentro de nuestras estrategias.

En estas reflexiones están las bases de una discusión que tenemos que dar todos los uruguayos, pero la responsabilidad corresponde, sin ninguna duda, a quienes somos dirigentes políticos. Eso es parte del debate que tenemos que asumir. Entonces, el mejor homenaje que podemos hacer a Enrique Iglesias no es solo al hombre público, sino también a la inteligencia de quien, a lo largo de su vida, ha sabido ir recogiendo las experiencias y plantearse los objetivos para que nuestros países, los americanos, podamos trazar un derrotero de crecimiento y desarrollo.

Para finalizar, señora presidenta, quiero hacer una referencia expresa a la forma, a las palabras, con que Enrique Iglesias culminaba aquella intervención que hizo en ese homenaje que le tributó la Cámara de Representantes en marzo de 2006. Decía: «Esta identidad, en última instancia, ha sido y seguirá siendo producto de nuestra educación. En el fondo, este acto es un homenaje a la educación de este país, aquella que visualizó Varela cuando, con veintitrés años y desde una institución que llamaríamos una ONG, dijo: “La educación, en verdad, es lo que nos falta; pero, una educación para todos, sin distinción de clases, para iluminar la conciencia oscurecida del pueblo; una educación que nos permita formar al niño para ser hombre y al hombre para ser ciudadano. [...] Para instituir la República, lo primero es formar los republicanos; para crear el gobierno del pueblo, lo primero es despertar y llamar a la vida activa al pueblo mismo; para hacer que la opinión pública sea soberana, lo primero es formar la opinión pública; y todas las grandes necesidades de la Democracia, todas las exigencias de la República solo tienen un medio posible de realización: educar, educar, siempre educar”. Es a esta tradición y a estos valores que yo refiero este homenaje que ustedes me brindan; en el fondo es a esta cultura y a estas tradiciones que lo quiero referir».

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en las barras).

SEÑORA PRESIDENTA.- Brevemente, la Mesa quiere comentarles que acompañando al contador Enrique Iglesias, en ambos palcos, se encuentran Carlos Steneri, Ricardo Pascale, Graciela Sara Catañy, César Guillermo Iglesias, Juan José Taccone, José María Puppo, Cecilia Iglesias, Adriana Iglesias, Celia Figueira, Belela Herrera y Cecilia Gari.

Continuando con la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Peña.

SEÑOR PEÑA.- Es verdad, señora presidenta, hoy siento que corremos el riesgo, como decía el escritor italiano Edmondo De Amicis, de adornar con palabras superfluas una grandeza tan manifiesta. Pero para quienes tenemos un origen wilsonista es inevitable sentirnos obligados a reconocer en Enrique Iglesias la fidelidad de ciertos principios que ha practicado y defendido, y cuyo origen reconocemos y compartimos.

Hace poco, en ocasión de haber sido homenajeado por el Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, el contador Iglesias realizó algunas afirmaciones de las cuales quiero destacar sobre todo el énfasis que puso en el rol que debe cumplir el Estado. Iglesias dijo que Uruguay necesitará más mercado, pero también más Estado. Y lo dijo ante el surgimiento de fenómenos nuevos, tales como el cambio climático y las transformaciones en el plano de la educación y de las relaciones laborales en

este mundo de pospandemia. Por lo tanto, me interesa afirmar que no estamos destacando a una figura que solamente exhibe un gran camino recorrido y una admirable trayectoria desplegada a nivel nacional e internacional, sino que nos encontramos ante una persona que nos señala los desafíos que nos plantean el presente y el futuro; un presente que se ha vuelto muy complejo y un futuro que a veces parece absolutamente impredecible. Por eso entiendo que hay que rescatar no solamente la figura de la historia de Enrique Iglesias, sino también prestarle atención ahora mismo y escuchar sus opiniones respecto al tiempo que nos toca vivir, analizando su visión sobre el presente y las alternativas que propone en función de un futuro inmediato, tanto para el país como para la región. Esa noción, señora presidenta, de un Estado presente para fortalecer el mercado; de un Estado presente para asegurar la libertad y de un Estado presente para generar oportunidades entiendo yo que es una definición fundamental para nuestros tiempos, y una misión que no podemos dejar pasar. Los que abrazamos determinados principios y banderas, los que reconocemos nuestra vida a partir de la vocación a favor del progreso y del desarrollo de nuestro pueblo, tenemos en Enrique Iglesias a un referente indispensable, a un protagonista lúcido, atento a la realidad, dispuesto a seguir aportando. Por ello entiendo que el mejor homenaje es reconocerlo como alguien que ha sido capaz de entender los problemas y plantear soluciones, siempre pensando en la aplicación de herramientas eficaces para lograr el bienestar y fortalecer la democracia.

Para finalizar quiero citar al prestigioso pensador y profesor de ética Risieri Frondizi, que señalaba que los valores no existen por sí mismos, sino que necesitan un depositario en quien afirmarse y encarnar. Es justamente Enrique Iglesias sin duda, un fiel depositario de los valores más sólidos que nos representan.

Muchas gracias, Enrique.

(Aplausos en la sala y en las barras).

SEÑORA PRESIDENTA.- Culminando la lista de oradores, tiene la palabra el señor legislador Bergara.

SEÑOR BERGARA.- Muchas gracias, señora presidenta.

El Frente Amplio se suma con respeto, admiración y emoción a este homenaje al contador Enrique Iglesias. Generalmente, cuando nos referimos a la persona del contador Enrique Iglesias solemos hacer foco en sus múltiples cargos nacionales e internacionales –de primer nivel todos y con unánime apoyo–, así como en los importantes reconocimientos que ha cosechado a nivel institucional, académico y personal. Se trata de un hombre que en donde ha estado ha dejado una huella de amabilidad, de corrección y de nivel intelectual que enaltece a nuestro país; gracias a él nos hemos sentido enormes como uruguayos.

Sin embargo hoy nos gustaría recordar lo que hubo antes de todo eso y que seguramente fue el fermento, porque creo que la peripecia del ser humano Enrique Iglesias es un símbolo del Uruguay, del mejor Uruguay, del que todos queremos. Para eso me detengo en la imagen de un niño de tres años que aferrado fuertemente a la mano de su madre –de su santa madre, como dice él– se subió a un barco para cruzar el océano. Atrás quedaba su pueblito de Arancedo –que hoy luce orgulloso una calle con su nombre–, en su Asturias natal. Venía al encuentro de su padre, a quien prácticamente no conocía porque se había venido antes en busca de un mejor futuro para la familia que ahora se podía reunir. Así llegó a la esquina de Guaycuru y Vilardebó, al pequeño almacén que había instalado su padre; allí creció él y su familia, con su nuevo hermano.

Cuando se le pregunta a Enrique por uno de los primeros recuerdos que tiene de su llegada a nuestro país, él recuerda algo que todavía lo y nos emociona. La costumbre de los Reyes Magos no existía en Arancedo y tampoco en su familia, sin embargo, en su primer 6 de enero en nuestro país, un vecino –que aún no sabe quién es– le dejó en la puerta de su casa un balde con una palita de playa. Y Enrique suele decir que para él eso es el Uruguay, un Uruguay en el que la gente de todos lados era bien recibida. Con su familia vecina –libanesa ella– surge una amistad que mantiene hasta hoy; hablo de la familia de la inolvidable Dahd Sfeir.

Después vendría la escuela, el liceo, el preparatorio en el IAVA y la Facultad de Ciencias Económicas, pero en esa casa de los Iglesias se estudiaba y se trabajaba. El futuro contador atendía el almacén al tiempo que estudiaba, y los vecinos –que lo querían y sabían de su esfuerzo–, cuando llegaban a comprar, si lo veían estudiando se iban para no interrumpirlo. Claro que eso le valía después el rezongo paterno cuando los vecinos le contaban que no habían querido molestar a Enriquito.

El joven universitario se vinculó precozmente a todo el movimiento cultural montevideano, hasta incursionó en el teatro independiente de la mano de sus amigas, las Sfeir. Todos sabemos de su afición por la lírica –que domina en cada nota– y por el arte en general, pero a él le preocupa el país y, al tiempo que está dando clases en facultad –a alumnos que también después ocuparon importantes cargos de gobierno–, comienza a pensar en saber realmente en qué país estaba.

Surge esa maravillosa gesta que fue la CIDE; por primera vez el Uruguay fue relevado de punta a punta en cada rubro clave para diseñar políticas que permitieran una institucionalidad fuerte y dieran expansión al desarrollo. Y así surgen el Banco Central del Uruguay, la Oficina de Planeamiento y Presupuesto y el Banco de Previsión Social. Enrique fue el artífice de esa experiencia de diálogo y construcción con personas provenientes de las más diversas corrientes de pensamiento.

Luego de una conducción interina, presidida por el doctor Daniel Hugo Martins, Enrique se convierte en el primer presidente formal del Banco Central del Uruguay e inicia una construcción institucional a partir del desprendimiento del departamento de emisión de moneda del Banco República. La creación de un banco central en Uruguay es tardía y recuerdo a Enrique explicando que eso se debía al prestigio que anteriormente tenía el BROU. Cuando esa credibilidad tuvo flaquezas, en el marco de la crisis bancaria de 1965, es que se plantea seguir el camino que habían marcado ya muchos países en América Latina y el mundo varias décadas atrás. Y así condujo el arranque de la autoridad monetaria y financiera del país, apoyado por aquella jurídica de oro integrada por Carlos Maggi, José Korzeniak y Rodríguez Ituño, entre otros.

La vida y sus méritos lo llevaron a ser un joven secretario ejecutivo de la Comisión Económica para América Latina –la Cepal– influenciado por las ideas de Raúl Prébisch.

En esta etapa de su vida, en Santiago de Chile, la de Enrique no es solo una peripecia profesional e institucional, sino una experiencia que selló su profundo compromiso por la democracia y por la vida humana. Inmediatamente después del golpe de Estado impidió que miembros del ejército pinochetista ingresaran a la sede de la Cepal. Fue él quien convenció a las autoridades de las Naciones Unidas para que no la cerraran.

En varias oportunidades ayudó a salvar vidas de chilenos y uruguayos que corrían serios riesgos, ya sea amparándolos en la sede o llevándolos a embajadas en el baúl de su automóvil. Uno se emociona al conocer esas historias cuando tenemos el privilegio de escuchar estos diálogos entre Enrique y nuestra amiga en común, la querida Belela Herrera, quien también nos acompaña hoy desde el palco. Ella es otro símbolo de la lucha por la vida y los derechos humanos.

En el retorno a la democracia en nuestro país Enrique acepta generosamente el rol de canciller. Era un impulso más a la reconquistada institucionalidad. A ella aportó su prestigio y su experiencia. Lo hizo en un contexto en el que el país debía reinsertarse en el mundo. Y en esa labor tuvo la visión de impulsar y lograr el establecimiento de relaciones diplomáticas con China, un hito mayor que aquilatamos enormemente, a ojos vistas, treinta y cinco años después.

Su enfoque de inserción externa y del comercio mundial le permitió jugar roles relevantes en el debate y en las instituciones globales sobre el tema. No por casualidad la famosa Ronda Uruguay del GATT, antesala de la Organización Mundial del Comercio, tuvo lugar en nuestro país en 1986 bajo su égida.

Enrique presidió ni más ni menos que el Banco Interamericano de Desarrollo por alrededor de dieciocho años. ¡Y vaya si allí dejó huella! Fortaleció la institución en todas sus dimensiones. Al igual que en su paso por la Cepal, desplegó toda su energía en lo que más ha hecho en su vida: ayudar. Contribuyó a mejorar las condiciones de vida en todos los países de América Latina y el Caribe. Sus capacidades negociadoras y su ecuanimidad siempre estuvieron al servicio de los más necesitados de la región, particularmente en los momentos más críticos.

Durante casi una década como secretario general iberoamericano, profundizó su carácter de tender puentes para el diálogo. Siempre lo hizo con el objetivo de facilitar acuerdos, mejorar políticas y lograr un mayor bienestar de las diversas poblaciones.

La democracia que hoy gozamos, y en la cual tantas generaciones han implicado sus vidas, tiene una deuda con su empeño. Su contribución generosa y permanente al país, trascendió las divisas, los nombres y los partidos.

El Uruguay y su suerte han estado en el centro de sus desvelos, se hallare donde se hallare, al punto de que quien repase los últimos sesenta años, encontrará su figura en cada uno de los momentos relevantes de nuestro derrotero como país.

Enrique sabe de memoria la historia de nuestras crisis y en cada una de ellas tuvo un rol clave. Fue consultado y asesoró sin importarle el color político. Era su Uruguay el que lo llamaba, ese Uruguay al que él sentía que le debía, desde aquel balde y aquella palita de playa, todas las oportunidades que había tenido en su formación, no exenta de sacrificios personales y familiares.

Hoy uno puede hablar con el contador Iglesias de sus conversaciones con líderes del mundo entero –políticos y religiosos, monarcas y republicanos– y siempre aparece el recuerdo agradecido de un pasado de mucho esfuerzo, en el que su familia fue feliz en un país que adoptaron como suyo.

Desearía en este punto tener una especial referencia al rol que Enrique Iglesias ha asignado a la cultura como agente de cambio y de desarrollo, tanto en lo individual como en lo colectivo; las artes, las letras, la educación y la cultura toda han atravesado su vida y han estado indisolublemente ligadas a cualquier concepción de futuro posible. Ese país de oportunidades, al cual siempre vuelve en sus palabras, es el Uruguay modélico por el que ha hecho tanto, es el presente que tanto le debemos y es el horizonte aspiracional al que nos invita. En su obra se hace verdad lo que el poeta enseña: que de nada le sirven a un país sus tractores si no suenan los violines.

En la actualidad Enrique sigue teniendo desvelos que transforma en desafíos.

En primer lugar, terminar el Espacio Cultural Federico García Lorca, para que sea un ámbito que sume a la cultura en nuestro país.

En segundo término, contribuir a que Uruguay tenga estrategias integrales para atender la situación de los adultos mayores, un problema de toda la sociedad con el que aún tenemos una enorme deuda. Sin dudas, Enrique sigue siendo un visionario y está actuando de forma previsor, porque con sus jóvenes y joviales noventa años sabe que en algún momento va a llegar a esa etapa de su vida.

En tercer lugar, con su capacidad permanente de leer lo que pasa en el mundo, reivindicando la institucionalidad política como un factor de estabilidad y bienestar, le preocupa la democracia en el contexto de una nueva constelación de poder en el mundo, con Estados Unidos y China como principales protagonistas, no solo en los aspectos comerciales o financieros, sino también en valores civilizatorios.

Al decir del propio Enrique: no estamos en una época de cambios, sino en un cambio de época. Así de impresionante es el proceso histórico que estamos viviendo.

Enrique ve con enorme preocupación el debilitamiento de los partidos políticos en América Latina. Recuerdo haber hablado infinidad de veces con el general Seregini sobre la fundamental importancia de que en el centro del sistema político esté el sistema de partidos políticos. Esa es también la visión de Enrique, consternado porque visualiza un proceso de deterioro en esa dimensión, en muchos países latinoamericanos y europeos; para él eso constituye un riesgo para las democracias. Afortunadamente, en el Uruguay tenemos un sistema de partidos que sigue siendo la columna vertebral del funcionamiento democrático. Sin embargo, vale la advertencia para que cuidemos las estructuras y las instituciones democráticas, al igual que el nivel de respeto en el intercambio político. Todos y todas en este recinto tenemos la obligación de honrar esa responsabilidad.

Fue doctor *honoris causa* en múltiples universidades del mundo, galardonado con el premio Príncipe de Asturias de Cooperación Internacional y con el Premio Pablo Picasso por sus actividades a favor de la cultura y el desarrollo. Reconocido como hijo predilecto de Asturias, al igual que con diversos órdenes en varios países latinoamericanos y europeos, Enrique Iglesias se autodefine hermosamente como un uruguayo nacido en Asturias.

Este no es el primer homenaje a Enrique del que participo. En 2012, en Montevideo, en ocasión de la 53.^a Asamblea Anual del Banco Interamericano de Desarrollo, se realizó un evento internacional de reconocimiento a nuestro compatriota. Fue en el anfiteatro del Banco Central del Uruguay que, justamente en esa instancia, pasó a llamarse Sala de Conferencias Enrique V. Iglesias. Fue un privile-

gio para mí descubrir, junto con el homenajeado, la placa que así lo testimonia.

En esa ocasión, nuestro compañero Danilo Astori culminaba su alocución diciéndole: «Enrique: a nivel internacional sentimos orgullo de reconocernos como tus compatriotas». Suscribo totalmente esas palabras y, humildemente, me permito agregar: Enrique: a nivel personal siento orgullo de reconocerte como tu amigo.

Enrique Valentín Iglesias García: ¡muchas gracias por tu amor desinteresado por nuestra América Latina! ¡Muchas gracias por tu amor profundo por nuestro Uruguay!

Muchas gracias, señora presidenta.

(Aplausos en la sala y en las barras).

SEÑORA PRESIDENTA.- Esperamos haber podido manifestar de alguna manera el gran cariño que todo el pueblo uruguayo le profesa a través de los representantes de su pueblo.

Muchas gracias, contador Enrique Iglesias.

(Aplausos en la sala y en las barras).

4) LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

SEÑORA PRESIDENTA.- Se levanta la sesión.

(Así se hace. Son las 16:09).

BEATRIZ ARGIMÓN

Presidenta

Fernando Ripoll
Secretario

Gustavo Sánchez Piñeiro
Secretario

María Alcalde
Directora general subrogante del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Senadores

Corrección y control
División Diario de Sesiones del Senado

Diseño e impresión
División Imprenta del Senado